



**María Hurtado Bress, 75 años.**  
**Joana María Abrines Ramírez, 21 años.**

## Dos guerras

*Maria Hurtado Bress habla catalán, castellano y francés como si fueran lenguas propias, en realidad lo fueron en diferentes momentos de su vida; hoy las conserva como muestra de su pasado. Una chica vestida de negro, con el cabello rubio arremolinado y una mirada curiosa te observa desde una fotografía del ayer, y a pocos meses de cumplir 76 años, abre la maleta para mostrar su rostro dañado por las dos guerras que sufrió en su infancia. Ríe, aunque es de desconcierto y de tristeza. Ríe al revivir algunos detalles de su pasado, aunque ríe poco. "No soportaba que me hicieran daño". La niña convertida en mujer a la fuerza tiene una mente prodigiosa y evoca su vida sin titubeos.*

Marieta, como la llamaban de pequeña, perdió a su madre a los cinco años. Era domingo, venían de la comida habitual cuando un tren la atropelló en la puerta de su casa. Marieta era la mayor de tres hermanas, Dolores tenía cuatro años y Trinidad acababa de cumplir quince meses. La madre falleció con treinta y un años y las niñas se quedaron con su padre, Teodomiro. La familia Hurtado-Bress vivía cerca de la estación ferroviaria de Vic porque Teodomiro era capataz de vía y obras. María estaba delante de su madre cuando murió: "había tanta sangre". La angustia con la que corren sus palabras, setenta años después, muestra lo que significó la pérdida de su madre.

Esta tragedia familiar se acentúa con el inicio de la Guerra Civil Española porque María Bress muere el 29 de marzo de 1936, meses antes de que comenzase la guerra y con ella, Teodomiro marcha al frente republicano. Así, las tres niñas se quedaron huérfanas de padre y madre y, desde entonces, fueron cuidadas por la tía Encarna, hermana de su padre. Primero estuvieron en la casa de Vic: la casa de la estación, la misma casa de una familia feliz se había convertido en un refugio de lágrimas.

Su tía las trató mal durante los veinte años que vivieron juntas. De la boca de María y no la de Blancanieves sale: "era peor que una madrastra porque nos echaba en cara todo lo que hacía por nosotras". Aún con eso, las niñas la querían porque "no teníamos a nadie más a quien querer". Esa voz melancólica, a la vez que esperanzadora recuerda a Andrea, el personaje creado por Carmen Laforet en *Nada*, un título tan contundente como vacío. M<sup>a</sup> Hurtado también vivió una guerra familiar dentro de una guerra social, a lo que el historiador Paul Preston añadiría: "la Guerra Civil Española no fue una guerra, sino que fueron muchas guerras".

María con cinco años escapaba para visitar a sus familiares maternos. "Mi tía no quería que me relacionase con ellos porque tenía miedo de que hablase mal de ella", nada más lejos de las intenciones de la niña que caminaba dos kilómetros para encontrarse a escondidas con Josep, su abuelo. Un camino que olía a tienda de tejidos, al cine Vigatà, a cafés y a iglesias.

Un día salió del colegio con su hermana y empezaron a caer bombas sin aviso previo. "Fue terrible, sólo éramos capaces de correr para llegar a casa vivas". Al llegar a la estación Dolores se metió debajo de un tren "muerta de miedo". Desde aquel primer mensaje de guerra, la niña preparaba el abrigo a los pies de la cama antes de irse a dormir para ganar tiempo al fuego. "Si sonaban las sirenas me ponía el abrigo encima



del pijama y salía corriendo al refugio que estaba a unos 100 metros de casa". El refugio era un túnel hondo en la tierra donde todos se acurrucaban para protegerse, "aún siento la claustrofobia de aquel agujero". En cada bombardeo la niña mordía un palito de madera, que le había hecho su tía, para que no le explotasen los oídos.

Pasaron los años y los bombardeos fueron diarios. En enero de 1939, cuando los nacionales estaban en la puerta de Barcelona, las tres hermanas junto a Encarna huyeron a Francia con una maleta repleta de escasez, "sólo unos colchones y alguna prenda de ropa". Llegaron a Puigcerdà en un tren de pasajeros y estuvieron tres días entre la nieve porque "nadie venía a buscarnos". Encontraron refugio en una alcantarilla de olor desagradable que abandonaron pronto por un campamento de tránsito en Chartes. Los 6 meses posteriores a la guerra murieron 14.672 españoles de desnutrición, infección y enfermedades bronquiales, males que no llamaron a la puerta de las mujeres Hurtado aunque "fue duro estar en aquel campo de concentración de la Guerra de catorce habilitado para mujeres y niños". El dormitorio era una sala común y "las camas eran cajas de madera con las patas de ladrillos" colocadas en fila donde no había ni armarios, ni lavabos, ni intimidad. En el pabellón recibían clases y fue la primera vez que María abrazó el francés para comunicarse.

"Nos habíamos ido de Barcelona porque nos bombardeaban y al poco tiempo en Francia también empezaron los bombardeos". Los aliados declararon la guerra a Alemania el 3 de septiembre de 1939 y los refugiados de Chartes fueron llevados a Irún y abandonados en un barrizal a la espera del equipaje. "Aquel barro era horroroso y el frío, inaguantable", además estaban obligados a cantar el *Cara al Sol* para poder comer. La niña fue punto de mira de una falangista que quería retenerla porque era huérfana pero su tía no lo permitió. "Yo no sabía qué significaba ser rojo, azul o verde, tenía ocho años". A los tres días llegaron a Madrid en vagones de ganado, ya no eran trenes de pasajeros y durante el largo viaje orinaban en un cuenco de leche y "en las estaciones tirábamos el pis por la ventana", una de aquellas veces el líquido cayó sobre dos "señoritas que paseaban tranquilamente" por el andén.

"En Madrid empezó nuestro calvario". Vivieron con su tía en el chalet de Legazpi que reconstruyeron después de la guerra. A las niñas nunca les faltó comida pero sí cariño, su tía les decía: "¡Lástima de comida, que tres cerdos tan hermosos podría haber criado!". María fue a un colegio de chicas, el grupo escolar Marcelo Usera, donde conoció a Doña Elena, de la que imitaba la caligrafía porque la de las monjas no le gustaba, "era demasiado picuda". La pasión de la pequeña era leer, "cualquier cosa que cayera en mis manos lo leía, fuera un periódico, un papel viejo o una novela". Además encontró escondite en la pintura. "Pintaba en las pizarras del colegio cuando llegaban las vacaciones". La oscuridad de su infancia recobraba brillo cuando dibujaba, práctica que continúa. Estudió hasta bachiller elemental con revalida, quería ser maestra pero su tía la obligó, una vez más, a trabajar para cuidar de sus hermanas. A los catorce años dejó la escuela y se puso a trabajar en *Marconi Española* por 4 pesetas y 40 céntimos, sueldo íntegro para su tía.

El contacto con su padre había sido escaso. Al volver de Francia las cartas los mantenían unidos aunque "muchas veces no llegaban a su destino" pero en 1942 Teodomiro, anarcosindicalista tuvo un encontronazo con el Partido Comunista Español y se escondió en Andorra por miedo a morir. "Cuando cumplí diecinueve años nos reclamó", así que las tres hermanas marcharon a Francia al reencuentro con su padre. "Fue el día más feliz de mi vida". Y justamente *alegría* era el nombre del castillo donde se hospedaron durante cuatro años en Tarbes, localidad del Alto Pirineo Francés. "Ser mujer en París en los años cincuenta era muy diferente a serlo en España", no había



racionamientos, podías ir al baile, había televisión, había lavadoras, y sobretodo “había libertad”.

María se casó con Jesús, un pretendiente que había dejado al irse a Francia, a los veintitrés años cuando volvió a España. “Quería ser madre” y lo fue, de Miguel Ángel y de M<sup>a</sup> Jesús. Hoy, María segura de sí misma continúa temiendo a la muerte y a que sus hijos se queden sin madre.

El pelo rubio de la joven María ha dejado paso a una emblanquecida melena y las facciones simpáticas se han convertido en duras expresiones de recuerdo, aunque los ojos continúan observando con igual curiosidad. Convertida en mujer a la fuerza muestra la maleta repleta de las palabras e imágenes del pasado, aunque también del presente. “Debería haber nacido hombre y unos años después. Nunca consiguieron doblegarme, ni mi tía”.

### Lo importante de la vida

La última cita se fragua de presente. Un viernes de abril a las 12'30 en la sala de pintura del Centro de Mayores de Tetuán se produjo un encuentro que se diferenciaba de los anteriores. En un aula con más compañeros, María estaba de pie pintando un óleo con espátula. Los colores que utilizaba en aquel paraje de vegetación exótica eran claros, predominaba el amarillo, los detalles en blanco marcaban las sombras y el “azul ultramarino” era la nota invisible pero imprescindible del cuadro. María ha conseguido el sueño de ser pintora y además va a clases de baile y de cerámica donde crea sus inquietudes y no espera el paso de los días sino que pasa junto a ellos. “Tengo que dar mucha guerra, todavía”

Al salir de la clase de pintura el autobús 44 nos dejó delante de su casa. En la misma parada donde nos habíamos encontrado las anteriores veces pero ésta había algo diferente, habíamos bajado juntas y de la misma manera entramos en su casa. Jesús le esperaba de pie detrás de la puerta y se sonrieron. María me condujo ante su librería. Dos cuartos desordenados de libros donde había: tomos de Enciclopedias Ilustradas, láminas de Manet, una colección extensa de novela policiaca, *Cien años de Soledad* y títulos en francés entre miles de páginas escritas. Acuarelas y pasteles dibujados por María Hurtado reposaban dentro de una caja que descubrí por primera vez. El silencio reinó aquellos momentos de expectación hasta que llegó la gata manchada de blanco y negro, “hace 17 años que vivimos juntas”.

María estaba sonriente aunque con la mirada cansada. A pocos días de que la operen de la cadera y con 76 años no abandona sus prácticas habituales de lunes a viernes, los sábados están reservados para comer con su hija que está en Madrid y los domingos va a pasear con su hermana Trinidad, que vive cerca de su casa. El pasado es una continuación del presente y el pasado de la guerra civil es el presente de muchas personas mayores que nos cruzamos cada día por la calle. Y todas las historias que no han sido escuchadas, continúan en la memoria de sus supervivientes, vamos a poner fin al silencio.